

**Ensayo Antropológico**

---

## Primaveras, Reproducciones y Ritualidades: reconstruyendo el universo simbólico de la Semana Santa

## Springs, Reproductions and Ritualities: rebuilding the symbolic universe of Holy Week

Orlando Durango Rueda\*

*\* Corporación Universitaria Reformada. (Barranquilla, Colombia)*

---

---

### D A T O S   A R T I C U L O

*Para citar este artículo:*

Durando, O. (2013). Primaveras, Reproducciones y Ritualidades: reconstruyendo el universo simbólico de la Semana Santa. *REALITAS, Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes*, 1 (2), 59-67.

*Palabras clave:*

Semana Santa, Ritualidades  
Etnografía, Antropología cultural

---

---

### R E S U M E N

Revisar el asiento de la cultura Caribe colombiana significa también darle el lugar a lo que parece ser la fuente de constitución y afirmación de esa misma cultura, procurando buscar en el tiempo sus reproducciones, hasta tener una forma económica y sociopolítica que la conforma y le permite la comprensión de todo el tejido que la define.

Recogiendo el interés metodológico de un productor social como Antonio Gramsci, que pese a la contingencia del tiempo que pasa, mantiene la vigencia de sus consideraciones frente a la posibilidad de interpretación de lo social, parece procedente desde allí mirar la cultura Caribe como constructo de poder que se mantiene en la medida que dicho poder se disemina por el cuerpo de toda la sociedad.

---

---

### A B S T R A C T

To consider the seat of Colombian Caribbean culture means to also acknowledge what appears to be the source of constitution and affirmation of that culture, searching its generations throughout time, finally to have an economic and sociopolitical form that shapes it and enables understanding of all the fabric that defines it. Taking up the methodological interest of a social producer like Antonio Gramsci, that despite the contingency of passing time, maintains the validity of its considerations opposed to the possibility of interpreting the social, it seems appropriate to thus look at the Caribbean culture as a construct of power which is maintained to the extent that said power is spread throughout the body of the entire society.

---

---

*Keywords:*

Easter, Ritualities  
Ethnography, Cultural Anthropology

*Historial:*

Recibido: 12 de julio de 2013

Revisado: 22 de octubre de 2013

Aceptado: 28 de noviembre de 2013

\*Correspondencia: Calle 83 N°. 41D-37,  
Barranquilla, Colombia.

E-mail: omadur8@hotmail.com

---

*Dedicado a mis nietos Felipe, Javier y Juliana  
Bebida de mi Espíritu*

### 1. Los tiempos primaverales, la tierra y el poder

Las acciones individuales que mantuvieron a los primeros grupos pobladores del Caribe colombiano

que conoció la humanidad, atados a la benevolencia de la tierra, no requirieron de la mediación del poder porque estas sociedades no existieron; los seres humanos vieron la necesidad de agruparse y en la

medida que establecieron sus provisiones, recurrieron a la necesidad de establecer su lugar frente a la naturaleza que los prodigaba y frente al otro miembro de la especie.

Por esa razón hicieron uso del poder que les permitió que estas relaciones fuesen en un principio más o menos jerárquicas. Desde el texto bíblico, asiento de experiencias tribales muy significativas, la tradición oral marcó, con la naturaleza, una relación jerárquica que se establecía desde la idea que la divinidad había procurado para los seres humanos “enseñorearse” sobre ella, tratarla de la misma manera que el “señor” o el señorío” realiza su relación con el diferente: *“Entonces dijo (Dios): Ahora hagamos al hombre a nuestra imagen. El tendrá poder sobre los peces, las aves, los animales domésticos y los salvajes, y sobre los que se arrastran por el suelo”*. (Génesis 1: 26). De allí derivó las relaciones con sus otros y se constituyó como jerarquía de ancianos, de chamanes, de guerreros, que vieron definir su poder desde un orden que aun primariamente era jerárquico.

Para que ese poder se legitime tendría que ritualizarse y volverse voluntad de la divinidad o ejercicio de la voluntad divina. Los rituales y actos mágicos que el “superior” de la jerarquía controlaba, le permitían al grupo tener accesos al uso de la tierra, a participar de sus bondades, a sentirse beneficiado por los dioses. Por lo regular esta ritualidad se llevaba a cabo a través de actos que suponían la comensalidad y que le daban al poder el escenario para verificarse y mostrarse. Se consumía el animal que era el totem o en su defecto se consuía el animal que era propicio según voluntad de la divinidad. De allí partía el proceso de consumo de alimentos que pasaron por el fuego como ropaje que le permitía a la divinidad mostrarse. A Moisés Dios se le presentó en una zarza que ardía y no se consumía. Era fuego. Era la divinidad visibilizada y presencializada.

Desde entonces hasta hace tiempos relativamente cortos, la mesa se volvió un espacio de circulaciones simbólicas que en nuestros espacios campesinos se encargó de legitimar una patriarcalidad que se ritualizaba como consumo de unos alimentos que se podían tener siempre y cuando el padre, colocado en unos de los frentes de la mesa, daba comienzo a la comida, que significaba con ello el poder que solo ahora se tenía para proseguir los otros miembros de la mesa, al consumo de los alimentos. Ningún alimento se podía consumir por la mujer o los hijos e hijas, sin que el padre hubiese comenzado. Y así lo fue hasta que la modernidad cargó con el tiempo del padre, el de la madre y aún los niños, para que este poder corriera ahora absorto en unas tareas que impidió que la familia se juntara toda, al mismo tiempo.

La frugalidad es el gran episodio de poder y por eso nos parece procedente abrir esta puerta de la cultura nuestra releendo aquellos relatos de primavera, de tiempo de reproducción, o más tardíamente de Pascua que dieron origen a todo un escenario donde el poder se vistió de grandes platos que llegaron a las casas en una ritualidad cargada por la amistad. Es un acto de relacionamiento con lo natural, con lo cocido, con lo grupalmente legitimado. Es ubicarnos en tiempos de primavera para mirar desde allí, un tiempo que al principio era el tiempo que iniciaba el año. Sin las incorporaciones romanas para hablar de enero y febrero, para las sociedades primarias, el año comenzaba en marzo cuando las

lluvias, enviadas por los dioses, abrían un nuevo período que concluía la festividad y reiniciaba el tiempo de trabajo con una naturaleza dispuesta a embarazarse y reproducirse abundantemente.

Por esta razón la apertura de la primavera es el ritual de los dioses para abrir nuevos senderos en la actividad y la relación con los humanos. Era fiesta y trabajo lo que definía el año, o lo que es igual: ritualidad y reproducción, en los dos casos, culto a la multiplicación de lo humano y lo natural. Se moría la fiesta para que el trabajo resucitara, o se moría el trabajo para que los días de noviembre, alumbrados por la recolección de la segunda cosecha, viera aparecer de nueva cuenta el tiempo de la festividad. Es por esa la razón para que nuestro andamiaje festivo caribeño se ubica entre noviembre y marzo, espacio temporal interrumpido por festividades de orden religioso-católico; siempre que el tiempo estaba asociado a la relación fiesta-trabajo, la festividad está ubicada en este periodo en el que simultáneamente moría y vivía un ciclo de tiempo, eran las dos cosas que se daban para que una de ellas tomara y adquiriera cuerpo.

Por esa razón para las sociedades primarias, incluidas las nuestras, no hay un evento que tenga tanto olor a naturaleza como el que se celebra durante la Semana Santa, llamado por algunos Semana Mayor. Su origen, no está ubicado en celebraciones que tengan como propósito recordar la muerte y resurrección de Jesús, evento tardío para la comprensión inicial de este proceso, que es en un primer momento, significación de los antiguos ritos de labranza que realizaban las comunidades tribales, para desarrollar una ritualidad encargada de generar favorabilidad de los dioses hacia la siembra que se realizaba, iniciando la primavera.

Desde el lugar del poder, toda la administración del acto ritual que le da origen al consumo de alimentos primaverales, supone la opción que la jerarquía que dirige o direcciona el proceso, tiene al poder estar él (no los otros) en contacto y relación con los dioses. Su poder estriba es generar la posibilidad de acceder y con ello sustanciar el poder con ganarse de ellos su benevolencia. Se consumen productos de la naturaleza que pasan por el fuego pero se le da movimiento a un sistema de símbolos en el que el poder se realiza en la capacidad que se tiene de hacer posible el acceso del grupo.

¿Cómo la catolicidad asume este evento de reproducción para volverlo Semana Mayor o Semana Santa? Hay por lo menos dos hechos que lo hacen accesible al interés de la iglesia. El acto pascual que los hebreos realizaban para la fecha, propio de todo grupo de carácter tribal; y lo otro, que el maestro de Galilea escogiera esta fecha para presencializar su ministerio en Jerusalén y volverlo un hecho público, toda vez que hasta ese momento se había encargado de hacer uso de un trabajo muy reservado, cuando no clandestino; además porque la fecha permite recoger en términos religiosos y políticos todo el contexto de la primavera para anunciarse con ella, retrato de un propósito que como la naturaleza tendría que morir para que la vida se pronunciase, conformado una historia salvífica que incluía el sacrificio, propia del ministerio de Jesús.

En el año 325 de nuestra era, bajo el auspicio del Concilio de Nicea, se determina celebrar esta fecha el domingo por ser el día de la resurrección festejado por la cristiandad, en un cálculo conocido con el nombre de *computus*, que va a determinar su

celebración el primer domingo, después de la luna llena que coincide o que suceda al equinoccio de primavera del hemisferio norte, asunto que dejado a los movimientos del planeta, estableció que cuando la luna llena tuviese lugar un día domingo, entonces la fiesta de la primavera, ahora fiesta de la Pascua, debería celebrarse el siguiente domingo.

A partir de ese momento se resignifica el sentido de los rituales primaverales y se vuelven Semana de Pascua, ya no para procurar las bondades de los dioses sino para procurar los intereses monoteístas de *Javeh* y sobre todo ya no sacrificio para provocar la siembra del período primaveral sino ahora, para recordar la salida de Israel de la esclavitud egipcia. En términos productivos, es *Javeh* procurando dotar de recursos alimenticios a un pueblo anteriormente esclavo y en términos políticos es ese mismo Dios estableciendo el origen divino de las bondades para los humanos y el control en el uso de una tierra que entra como promesa.

## 2. Frugalidad y Magia Homeopática: Consumos y escenarios de defensa

En sus orígenes las comidas abundantes que llenaron los tiempos en las antepasadas tribus en lo que es hoy un jueves y viernes Santo, llegaron hasta los hogares de las poblaciones campesinas de la región Caribe, a través de la tradición que reprodujeron los abuelos en las áreas rurales de la Sabana de Córdoba, Bolívar y Sucre [1] especialmente. Son rituales de frugalidad, que tienen el propósito mágico de regar la tierra con una ofrenda de comida abundante que al recibirse se consume como ámbito que realiza la ofrenda necesaria de una cosecha, que entonces será pródiga al momento de su recolección, pero que igualmente comporta relaciones de poder, si nos atenemos al comentario que E. Leach hiciera de la obra de Malinowski que suscribe estas prácticas rituales de las sociedades tribales en los siguientes términos: *"...se centra en el uso y control político de las tierras cultivables"* (Leach, 1977).

Leach como para Malinowski el acto ritual inicial tiene como imaginario implícito un acto de poder que proviene de quien tiene la capacidad de acceder a las voluntades de los dioses y volverla un acto posible para los humanos. Ritualmente el proceso es inicialmente un ejercicio cuyo poder se expresa en la posibilidad de llamar la atención de los dioses y procurar su mirada sobre las cosechas que inician su curso. Pero además el mismo ejercicio de accesos a lo divino es también la ruta para establecer controles sobre un espacio, al que si bien puede ser común su posesión, se accede para volverse útil bajo la mediación que la autoridad chamánica realizó con antelación. Solo así se tiene la posibilidad de poseer un bien que tiene un valor de uso, mediado solamente por el poder. Fuera de este ámbito no tiene ninguna posibilidad de ser parte del grupo, de poseer la tierra que siempre como en el antiguo pueblo hebreo terminó siendo una promesa dada por *Javeh* y mediada por su voluntad o por quienes mediaron esta voluntad.

Para las sociedades primarias caribeñas como para el universo de sociedades tribales que tuvieron dos tiempos de estaciones anuales, independiente de las características de cada estación, el año estaba dividido como tiempo de lluvia y tiempo de sequía: invierno y verano. Marzo-abril es el comienzo de un

tiempo que termina: el de las festividades se cierra para dar paso al tiempo de trabajo marcado por las lluvias de la primavera. La tierra embarazada está dispuesta a iniciar el ciclo de su reproducción y ello dispone al grupo para dejar tiempo a los rituales de siembra. Durante esos días de encuentro de festividad y trabajo se asiste a despedir el jolgorio para embarcarse en una etapa larga de trabajo más o menos continuo. Antes que la catolicidad ubicara en este tiempo la Semana Santa, las sociedades primarias se juntaron en un tiempo ritual que le daba la bienvenida a la siembra y que cargaba de actos rituales, la cotidianidad del próximo sembradío. Aquí toma cuerpo el evento de la frugalidad, tiempo de absoluto reposo.

Para comprender el movimiento de comida, que incluía los dulces, se requiere echar mano de una de las producciones más importantes de la Antropología como es el texto de Sir James Frazer *La rama dorada* (2011/1890), material que se encarga de hablarnos de la magia homeopática, construida sobre la idea que lo igual produce lo igual, comportamiento que nuestros campesinos reproducían cuando en la plenitud calorífica del sol de tres de la tarde, en las sabanas del viejo Bolívar Grande, se servía una taza de café bien caliente que servía para mitigar el calor que comportaba la hora por la fuerza y verticalidad de los rayos del sol, llenos de altas temperaturas que terminaban por expresarse en un cuerpo bañado del sudor y que poco a poco servía para producir de manera natural el enfriamiento del cuerpo que reposaba por este encuentro corporal del café y el sudor.

Se consumía en muchos casos porque se ingería el cuerpo del "tótem" y de este consumo derivaban las características que representaba para el grupo, el cuerpo sagrado de la divinidad. El consumir lo sagrado supone al acto mediante el cual nos hacemos de las fortalezas del otro cuerpo. Está en el ejercicio del canibalismo en el que el cuerpo humano que se consumía debía ser el de un buen guerrero, quizás el mejor, acto mediante el cual la magia que operaba hacia que mediante el consumo se adoptaran todas las mejores energías del cuerpo consumido. Por ello la magia que contiene las ritualidades de siembra o de cosecha se construyen alrededor de la comida, para nuestro caso cocida, porque permite realizar el consumo de los alimentos que implica también obtener de manera anticipada las bondades de los dioses.

Nos desviamos si desarrollamos aquí el tema de la máscara, pero digamos tan solo que esta, ropaje de nuestra corporeidad porque cubre nuestros rostros lo suficiente para desaparecer el cuerpo, es también el tótem consumido mediante la representación ritual en la que la máscara reemplaza a los dioses, que se vuelven teatralidad de nosotros, o dicho de otro manera dios consumido. Se consume porque el proceso en el momento que se produce desarrolla el acto simbólico mediante el cual desaparece una unidad corporal para aparecer una nueva de la misma manera como desaparece la vida para que la muerte aparezca, o desaparece la muerte para que la vida renazca, ciclo en el que la naturaleza y con ella el ser humano realiza el acto del oriente y del poniente diario, homenaje al movimiento de la vida que se da en una conversión permanente en el que hombres y dioses, vida o muerte, desaparecen y emergen en un ciclo permanente que se mueve en el acto constante de la repetición del ciclo

pero que se renueva en salir y entrar nuevamente en escena la muerte de la resurrección o la resurrección de la muerte.

Marzo-abril representaban el cuerpo del tiempo que daba origen al encuentro de dos momentos, uno que terminaba y otro que daba su inicio. El tiempo festivo que había comenzado con la cosecha a finales de octubre y primeros días de noviembre se agotaba en los primeros días de marzo-abril, cuando empezaban a asomarse las primeras lluvias, anunciado la aproximación de la siembra de la "rosa" o de la primera cosecha, cuando del cultivo del maíz se trataba.

Es cierto que estos primeros tiempos de lluvia encontraban unos terrenos que ya se habían empezado a quemar, como práctica de cultivo que a pesar de la devastación de los nutrientes de la tierra, servía para prepararla cuando los recursos técnicos eran insuficientes y cuando se contaba con la prodigiosidad del terreno que de todas maneras esperaba su tiempo de descanso para que el reposo lo volviera a cubrir de los nutrientes que el fuego había devastado. Y en medio de la atmósfera llena de humo que parecía anunciar los cambios de un tiempo que enterraba el momento de la festividad, las ritualidades de siembra empezaban a aparecer para preparar el espíritu de los dioses, procurando en el manejo de su tiempo, condiciones de bonanza que los dioses se encargaban de propiciar.

Por su parte, para nuestras sociedades primarias, el período marzo-abril preparaba los momentos de la siembra, realizando la quema previa de la tierra lo cual servía para prepararla cuando los recursos técnicos eran insuficientes; tales quemaduras también tenían el carácter religioso de la purificación producida por el fuego, levantaba para los dioses, rituales de índole religioso, que contaban con la gran escenografía reproductora de la naturaleza. Desaparecer el tiempo de descanso o el tiempo de la festividad, resucitar la cimiente para vestir la tierra de nuevas plantas, producir el galanteo natural de la primavera para que el tiempo natural produzca su enamoramiento, copular para reproducirse, esperar los retoños en todo un ciclo que fue inicialmente natural y que después los grupos primarios reprodujeron a través de la ritualidad que aportó los símbolos para levantar este acto que la naturaleza reproducía con gran exactitud, hasta que la depredación humana le impidió mostrarse, representó siempre el gran escenario vuelto tiempo de encuentros y de desapariciones que tan solo los días volverían a cotejar en la lógica de Mircea Eliade (2011) del "eterno retorno".

Era enamorar a los dioses de la misma manera como la primavera llenaba de flores las plantas para coquetear con ellas y cortejarlas antes que el amor se desatara y creara las condiciones de la reproducción. Antes que el jueves y el viernes fueran declarados santos y representaran la muerte del que dijo "ser la vida", estos días representaron para las sociedades tribales el tiempo exacto en el que la muerte y la vida se encontraban porque el tiempo de la festividad le daba paso al tiempo de trabajo. Uno moría para el otro tiempo volver a aparecer, ritualidad repetible en los meses de octubre-noviembre en los que el tiempo de trabajo "moría" en las ritualidades de cosecha para darle paso a una festividad que volvía a aparecer resucitada con los tambores, flautas y cantos

que llenaban ese nuevo espacio de encuentro del morir - vivir y del vivir- morir.

Mientras tanto, jueves y viernes, todavía no santos desde la idea de la catolicidad, generaba las condiciones para el copular de la naturaleza, acto mediante el cual recibíamos el producto de la reproducción llenos de una espera sagrada, llena de recogimiento, de quietud, mientras el trabajo esperaba estos dos días para luego desquitarse en los tiempos de siembra. Alrededor del alar de la casa nos sentábamos los hijos de la familia, grandes y pequeños, para esperar que el llanto del nuevo niño o niña nos dijera que el parto había sucedido. Y este era el entorno sagrado de los jueves y viernes santo en los que esperábamos el acto mágico de la reproducción, sacado de la posibilidad simbólica de la comida que como producto de la naturaleza encarnaba como ofrenda a los dioses la finalidad de hacerlos sentir venerados y referenciados por cada una de sus creaturas.

De esa espera sagrada en la que parece todo el grupo familiar se disponía para recibir la nueva persona que llegaba, se encarga de referenciar la cultura de la sacralidad tribal cuando aún en la archivística de los eventos de Semana Santa nos dice que el día jueves y viernes "santo" eran tiempos de descanso que suponía un alto en las labores del campo y cuando ello no se cumplía y el agricultor procuraba dotar la casa de la leña que se necesitaba y salía al campo a cortarla, entonces "el gritón", espíritu encargado de vigilar que estas andanzas no se dieran, con su fuerte ruido detrás de las espaldas, procuraba el castigo a quien se había atrevido a desafiar el poder de la norma al llenar de trabajo un tiempo que requería del reposo absoluto, reposo que inclusive involucraba a toda la especie viva ya que el árbol que era cortado en esos días "brotaba sangre", el ganado vacuno que se ordeñaba en vez de leche lo que el ordeñador tenía eran manantiales de sangre, como mensaje que el tronco o el animal habían sido usados de manera indebida, siendo agredidos por el acto de trabajo que se había dado cuando la naturaleza requería del reposo absoluto, reposo que incluso involucraba a toda la especie viva ya que el árbol que era cortado en esos días "brotaba sangre", el ganado vacuno que se ordeñaba en vez de leche lo que el ordeñador tenía eran manantiales de sangre, como mensaje que el tronco o el animal habían sido usados de manera indebida, siendo agredidos por el acto de trabajo.

Incluso el texto bíblico cuando habla de estas tradiciones en los grupos tribales de Israel, deja introducir el episodio del reposo en medio del desarrollo de la festividad de la Pascua, encargada de abrir los actos religiosos de la siembra:

La Pascua del Señor se celebrará el día 14 del mes primero. El día quince del mismo mes celebrarás una fiesta, y durante siete días comerás pan sin levadura... Al séptimo día celebrarás una fiesta solemne, y nadie realizará ningún tipo de trabajo (Números 28: 16-25).

Esta misma ritualidad estaba referida para las cosechas en donde les era devuelto a los dioses, en términos de ofrenda, el reconocimiento de haber sido pródigos con la abundancia del producto. Así recoge este episodio el texto bíblico:

Al terminar la vendimia y la cosecha del trigo, celebrarás durante siete días la Fiesta de las Enramadas [...] Durante siete días celebrarás esta fiesta en honor al Señor tu Dios, en el lugar que él elija, pues el Señor tu Dios bendecirá toda tu cosecha y todo el trabajo de tus manos. Y tu alegría será completa [...] Cada uno llevará ofrendas, según lo haya bendecido el Señor tú Dios. (Deuteronomio 16: 13-17).

En este entorno se mueve la frugalidad de la comida que nuestros campesinos, hoy, en tiempos de Semana Santa, ofrecen repleta de arroz de frijol, hicoeta (*Trachemys callirostris*), ensaladas, chicha de maíz y cuando se podía, las sopas amargas provenientes del corazón del palmito. Más que ofrecerle a los vecinos un temprano plato en signo de amistad, es inicialmente una comida ofertada a los dioses, aunque entre los humanos se suceda la construcción simbólica de la solidaridad, del buen vecino, que se encargaba más bien de tributar a un imaginario que acompañó estos tiempos de ritualidades: el ejercicio del “don” como escenario alimentador de lo sagrado mediante el cual se reconstruía el circuito completo del dar y recibir, imaginario de poder que definía los términos políticos que le daban cohesión social a este tipo de sociedades que entendieron que los intercambios, ahora simbólicos, incorporaban a las relaciones materiales de estos grupos la idea básica de ser sociedades cooperantes.

Este aspecto es importante recalcarlo. La ritualidad conformaba el escenario en el que la magia homeopática, generaba el acto convocante de los dioses; se trataba de provocar su favorabilidad, pero si ello definía la relación de los humanos con los dioses, la comida de jueves y viernes santo, volvía esfera de lo sagrado la convivencia con los vecinos(as) en los que la comida abundante era un símbolo de cooperación que permitía ritualizar una lógica de poder que atravesaba estos intercambios: los individuos terminan reconociendo que el pegamento social que los junta es el “don” como posibilidad de reproducirse en la idea del dar y recibir pero no en el dar que espera su recepción sino en el dar que incluye en sí mismo el acto de recibir. De estos ambientes materiales y simbólicos se nutre en su comienzo los tiempos de Semana Santa.

Podemos ser ilustrados de mejor manera con ese importante prólogo de E. Leach a la obra sobre rituales agrícolas de B. Malinowski para mirar el componente de poder que estos procesos mágicos comportan mediante alusiones sucesivas que relieván la importancia política de ese proceso, construido en una totalidad sagrada:

Los actos técnicos propiamente dichos y los actos mágicos no son intercambiables entre sí, puesto que representan distintas clases de técnicas, pero el buen horticultor debe saber hacer buen uso de ambos.

Sin embargo, debe señalarse que el conocimiento de la magia de los huertos está estrechamente ligado con el cacicazgo de la aldea, basado en los derechos hereditarios sobre la tierra, de tal forma que la ideología mágica actúa en cierto modo como un

catalizador, que liga la explotación de la tierra con la autoridad política (Leach, 1977, p. 13).

Lo anterior es un asunto importante a relievár. Lo otro tiene que ver con la función integradora que tenía el acto mágico, sostenido desde dos lugares: *a)* el de la magia homeopática en la que lo igual produce lo igual, y *b)* el constructo simbólico del “don” que mueve la idea que el dar y recibir conforman la unidad que convoca el universo de relaciones de estos grupos, desde lo económico, lo social, lo político y lo cultural. Una gama tan extensa de relaciones eran asumidas por estos elementos que adquirirían capacidad de cohesión del conjunto para reproducirse, generar poder, establecer cohesiones y producir mandos y controles sobre la tierra porque se tenía control del mundo de lo simbólico, vuelto entorno mágico. Volvamos a Leach para recoger con precisión este proceso:

A un primer nivel, los frutos de la cosecha que un hombre ofrece como regalo al marido de la hermana, ratifican la legitimidad de este matrimonio; a otro nivel, son muestra de que el segundo ocupa una posición políticamente superior; y aun tercer nivel, manifiestan los derechos de los hijos sobre los bienes del hermano de su madre. En conjunto, el análisis constituye un admirable ejemplo de la capacidad de Malinowski para sacar a la luz las intrincadas interconexiones funcionales de un sistema de instituciones interrelacionadas (Leach, 1977, p. 13).

El sistema político era funcional porque aseguraba la cohesión y reproducción del grupo, asunto en el que la magia servía de dispositivo de control en el que se aseguraba el uso de los recursos agrícolas y la convivencia se movieran armónicamente como sociedades cooperantes en la medida que el universo simbólico se desplegaba en un entorno de sacralidad de quien el proceso derivaba el ejercicio del poder. Podemos redondear esta reflexión dándole paso directo a la palabra de Malinowski:

Para los indígenas, la magia es tan indispensable para el éxito de los huertos como la labranza competente y eficaz [...] Para ellos, la magia casi es un elemento natural del crecimiento de los huertos.

Sospecho que los nativos conversos que enseñan en las misiones hacen pronunciar secretamente conjuros towosi sobre sus huertos. Y los comerciantes blancos casados con mujeres nativas, presionados por la opinión pública y bajo la influencia de su esposa, tienen que contratar al towosi del lugar para que pronuncie conjuros en sus huertos; tan monstruoso le parecería a todo el mundo que un terreno cultivado no se benefició de la magia (Malinowski, 1977, p. 85).

### **3. La comida como elemento mágico para referenciar a los dioses. De poderes construidos**

Según la tradición antropológica, les corresponde a los dioses llenarse con ofrendas

donadas por las personas que incluye la oferta de cuerpos humanos, niños u otros antojos propios del insaciable gusto por la comida. Desde su comienzo la comida constituyó un ejercicio del poder mediante el cual se crearon disposiciones, se establecieron disculpas, se hicieron penitencias, se calmó el espíritu de la divinidad y se dosificó sus antojos, y, cuando lo humano se tornó un problema, se echó mano de los animales tiernos y bien nacidos para calmar la voracidad alimentaria de los dioses. Comer fue unido desde un principio al acto primario de la subsistencia y se procuraba contar con la mejor tecnología para asegurar el alimento proveniente de la caza de los animales o más tarde, la reproducción alimentaria que aportaba la gran revolución neolítica que hizo de la mujer su principal actora.

Se trataba de asegurar la sobrevivencia y cuando ello se aseguró reprodujo poder hacia quienes establecían sus controles. Por esta razón el “chamán” se llenó de honores porque a través del control de la enfermedad y de la seguridad de la salud, aportó al grupo su capacidad para mantenerse y no desaparecer. Con estos mismos honores fue reconocida la experiencia de hombres y mujeres mayores ya que ello le daba a los grupos seguridades para su mantenimiento, evitando consigo su desaparición. Los graneros, el gran depósito alimentario, se volvió lugar sagrado, porque permitía configurar el acumulado del que se iba a servir la comunidad en su totalidad. Y la importancia del granero creó los “guerreros del granero” encargados de vender los productos de la cosecha o en su defecto volver otros graneros botín de guerra para ser saqueados a favor de la comunidad que ejerce el saqueo y lo vuelve condición fundamental para el logro de sobrevivir.

Sin embargo pese a que la comunidad se asiste de los mejores hombres o mujeres para asegurarse la reproducción del grupo, este hecho no sería posible si los dioses no se encargan de otorgarle a los humanos determinadas disposiciones que tienen que ver con el campo de incertidumbres, propias de un saber que necesita de las bondades de la divinidad. El olor de la comida cocida o la presentación de los productos de la tierra, quizá por sus colores, afina en esa dirección, donde los productos reposan la atención de los dioses. Por esa razón hay que presentárselos para configurar sus gustos que serán pródigos si en su presentación y consumo el alimento es abundante. De esta abundancia nace, a favor de los humanos, el capricho divino de la favorabilidad, que también se hace abundancia a través de haber sido regada la tierra con abonos propios de un donante dispuesto a llenar de buenos frutos el tiempo en el que el fruto adquirió toda su consistencia. De allí nace la ritualidad, la capacidad de poder convocar a los dioses para recibir sus cobijos.

Para las sociedades primarias este tiempo estaba determinado por la apertura de las lluvias de marzo y abril, que anunciaban el esplendor de colores de la naturaleza o recordaban los vientres repletos de huevos que los animales cargaban para iniciar su peregrinaje de la reproducción. La primavera cubriría los campos naturalmente adornados y la tierra se

dispondrá a prepararse para el gran evento de la siembra, o en su defecto la tierra se vestía con sus mejores adornos para dejarse fecundar e iniciar su ciclo reproductivo. Por ello, la ritualidad es el evento que prepara las condiciones de la fecundación. Con ella se crean los ambientes que les dan la posibilidad a los humanos de tener de los dioses su favorabilidad. La ritualidad tiene que estar llena del esplendor que le da al poder su sustancia y le da toda su legitimidad; debe ser por varios días para mostrar su importancia y estar seguro de haber logrado la atención; se debe compartir para lograr el poder de la cohesión del grupo, pero sobre todo se debe consumir como acto conmemorativo en el que la divinidad haciéndose parte de los humanos calmó su apetito y se sació en un tiempo que congregó lo sagrado y lo profano y lo hizo símbolo del hecho de ingerir para que el espíritu se llenara.

Antes que la catolicidad se apropiara de estas fechas para volverlas Semana Mayor las sociedades primarias se convocaron para que a través de la comida se aprestara la ritualidad que daría paso a la época de la siembra, siendo su repetición los meses en los que la cosecha demuestra la efectividad y eficacia de la ritualidad.

La abundancia de la comida del viernes y jueves Santo construye el ritual que abre el tiempo de la primavera, momento natural en el que ésta comienza, preparándose para que el fruto aparezca; tiempo en el que bien pudiéramos decir que la naturaleza copula en la idea de preparación de la gran tarea de la producción. En esa lógica, los peces, macho y hembra, inician un recorrido río arriba para producir el desove y asegurar en la subienda una cantidad prodigiosa; en ese tiempo cangrejos de las ciénagas inician su apareamiento y conforman cadenas que atraviesan las carreteras, aunque en este intento muchos mueran, aplastados por el movimiento de los automóviles; las hicoteas dejan sus oscuras profundidades lacustres e inician el acto de poner sus huevos que en pocos días nutrirán de la especie la ciénaga, aunque los pájaros, animales de monte y el mismo ser humano atenten contra su sobrevivencia y a veces se produzca la posibilidad de su extinción.

Este periodo del año que se riga desde los meses de marzo-abril y que se encarga de darle la bienvenida a la primavera, para promover todo el encanto de colores de lo natural, fatiga la tierra para disponerse a los actos de una pródiga siembra de la cosecha, enerva la magia de la ritualidad para provocar de los humanos la complicidad de la frugalidad en los dioses, constituye la esencia de un periodo del que la catolicidad llenó de símbolos religiosos y re-significó sus contenidos para volverlos historia de unos actos que perdieron el carácter de naturaleza, también escondieron el proceso de reproducción y acomodaron unos tiempos en el que la primavera, agotada en su territorialidad tribal, se asoma tan solo en los ramos de palma de cera, prohibidos hoy en la conmemoración religiosa de la Semana Santa.[2]

Ya hemos mencionado que la naturaleza es la primera que corre a llevar a cabo el gran ritual de la reproducción. Las manchas de fuertes colores que la llenan de mayor belleza, anuncian una primavera que se va a llenar de frutos a través del acto de la reproducción; así también se disponen los peces que van a armar la subienda que además de la reproducción de esta especie propició las pescas abundantes de principios de año, resultado de una

<sup>1</sup> **N del E.**: Si bien es un término en desuso, el autor lo emplea por tratarse de las formas de expresión propias de los ancestros en el Caribe colombiano, siendo una expresión común para referirse a la protección contra males regularmente de indole ominoso.

nube de peces cuyo jolgorio llenaba los ríos Sinú, San Jorge y Magdalena y también de aquellos grandes espacios hídricos que formaron las aguas de nuestras ciénagas.

La hicotea, que durante varios meses se había escondido en el fondo de las ciénagas, ahora repleta sus entrañas de huevo, sale a flote para depositarlos cercanos a la fuente de agua y del calor proveniente de una pequeña cantidad de tierra y arena que le va a servir de manto del que emergerán unos días después, pequeñas especies que buscarán multiplicar la cuantía de sus miembros. La iguana que llenó su estómago de cogollos que le quitó a los árboles para asegurar su sobrevivencia, ahora la encuentra la primavera llena de huevos que en muchos casos llegarán a las manos del vendedor mediante una técnica de abrir su vientre con cualquier hoja afilada, sin proveerla de algún cuidado que impida la extinción de la que ha sido objeto y la exposición a todo tipo de vejámenes y maltratos que han terminado por disminuir su número tan solo a expensas de su capacidad reproductora que las mantiene, a pesar de la depredación de la que han sido objeto.

Los huevos de iguana que se volvían *enzarzas*, se colocaban encima de los techos de la casa para producir su secado, para luego ser ofrecidos como apetitoso manjar amarillo cuyas tiras hoy en día se esconden y se muestran de manera disimulada debido a que las autoridades ambientales han procurado su decomiso para asegurar su mantenimiento. Pescado, hicotea e iguana conforman la corte de animales que le sirven de preludio a los tiempos de Semana Santa, para anunciar su llegada, también avisada por una naturaleza vestida por el tiempo primaveral.

La hicotea y el pescado dispondrán la ritualidad de la Semana Mayor. Y aunque hoy representan platos que cada día son más escasos por el mal uso que hemos hecho de este recurso animal, antes de ser como hoy, hechos asociados al acto biológico de la comida, fueron inicialmente ritualidades que comportaron actos sagrados de consumo totémico, por lo tanto, su significado es inicialmente religioso, encargado de hacer posible el consumo humano de algunos de sus dioses.

Antes de ser hicotetas, pescado o iguanas, estos animales constituyeron tótem que alimentaron el Olimpo de nuestros antepasados. Se consumieron porque su tiempo reproductivo era asimilado por los humanos mediante el acto simbólico de la comida cocida, en una lógica en la que lo igual produce lo igual y por tanto incorporando mediante la magia de la simbología, las bondades reproductoras de la naturaleza, que quedan impregnadas en nuestro cuerpo de manera tan natural como se sucede con la naturaleza.

Aprehender lo otro es el ejercicio que proporciona el acto totémico mediante un complejo ejercicio de naturaleza simbólica, idea contenida en Levi-Strauss y que se ha podido rastrear desde el lugar teórico abierto por J. J. Rosseau y que el primero describe de la siguiente manera:

[...] Rosseau ve en la aprehensión que el hombre hace de la estructura específica del mundo animal y vegetal la fuente de las primeras operaciones lógicas, y subsiguientemente la de una diferenciación social que no puede ser vivida más que a

condición de ser concebida. (Levi-Strauss, 1986, p. 144).

Y si la matriz de la tierra es pródiga en su reproducción, ingerir este proceso permite asegurar a la especie de la misma manera como las plantas o los peces aseguran su reproducción y mantenimiento en el tiempo, mediante la emergencia de sus vástagos o sus retoños, siempre en mayor cuantía con relación a la especie viva que los reprodujo.

La hicotea llegó a los platos después de que su cuerpo fuera expuesto al agua hirviente, y aunque inicialmente nos parece el acto lleno de una gran crueldad, después nos damos cuenta que su muerte repite el proceso doloso del tótem, como equilibrio del sacrificio cristiano, también construido bajo el fragor de la cruz y de los clavos, de la lanza y el agua de vinagre. Luego sacar la carne de la concha, para su consumo, es un asunto de expertos o expertas si se tiene en cuenta que ella proviene de las cuatro patas y de la cabeza que es lo aprovechable de la hicotea junto con sus huevos, hígados, que acompañará como guiso, el plato de la carne.

Con buen limón que le sirvió para eliminar el “marisco” de la carne, leche de coco en gran cuantía, cebolla, ajo y algunas especies, se esperará hasta que el guiso se encuentre en “el punto” listo para su consumo. El arroz, de frijol blanco cabecita negra [3], también adquirió su punto con la leche de coco, acompañante siempre del buen manjar. La ensalada se nutría del mismo palmito el cual aportaba junto con el ñame el muy apetitoso mote de ñame con palmito, o de fibras que se sacaban del corazón del palmito; con buena cantidad de ajo, limón y cebolla, el plato se dejó acompañar del “pelo’e vieja”, nombre que se debe al parecido del color blanco de nuestras mujeres maduras, y cuando la urbe tocó los tiempos de la Semana Santa entonces la ensalada se dejó hacer de papa, remolacha y zanahoria que por la diversidad de sus colores se conoce como ensalada de “payasito”.

La sopa de palmito, cuando la palma se encontraba en grandes cantidades sirvió para que los platos servidos tuvieran la sopa de palmito cuyo amargo era disminuido gracias al lavado intenso del palmito que se rayaba y que era acompañado tan solo de ñame, limón y cebolla, plato que parece incorporarse como respuesta de la religiosidad popular a las hierbas amargas que se consumían en los tiempos religiosos de la Pascua. Finalmente la chicha de maíz, proveniente de haber molido el grano para su cocción, colocado al fuego con agua y cortada la chicha con batata a fin de evitar su fermentación rápida, remataba este plato inmenso que se endulzaba para depositarse en un buen vaso, que en tiempos más cercanos se enfrió con el hielo de las primeras neveras Serval, que funcionaban con el encendido proveniente del petróleo.

El remate de este banquete lo representaban los dulces que acompañaron estas ritualidades para llenar nuevamente de fuego los frutales de una naturaleza que se había dignado en aparecer. Dulces de mango, ñame, piña, papaya, papaya con piña, hicaco, guandul, tamarindo, arequipe, orejero, ciruela, toda una gran exposición de los productos de una naturaleza que se había llenado de ellos para acompañar el festejo de la reproducción; todos ellos, frutos cocidos que siempre tuvieron en el “mongo mongo” [4] el manjar de los manjares, simbología de unos frutales que se juntaban para producir un sabor

que no era ninguno de los que conformaban aquel plato: mamey, mango, plátano verde, plátano amarillo, piña, papaya, guayaba, panela, se iban juntando para que durante siete días y a fuego muy lento, se fuera propiciando un dulce que es un ritual de la amalgama, del compartir, de la diversidad y de la colaboración.

Con bollo de batata cuando la galleta de soda no aparecía, y un pedazo de queso, esta última parte de la ritualidad sellaba el gran evento de la frugalidad, disipado tan solo por los juegos de cartas, dominó, entre otros, que juntaron a la familia y la volvieron colectivo de afectividades que se disolvería, desde el sábado, cuando la olla se rompía con carnes ahora tradicionales que no involucraban el pescado, que acompañó la mesa, durante cuarenta días.

Bien podemos estar más cerca de decir que este periodo, lleno de sacralidades, es un ritual que nos acerca a unas religiosidades de una teatralidad de carácter ecológica, que procura la preservación y la promoción de la favorabilidad de la naturaleza como espiritualidad y patrimonio de la divinidad. O de manera más acertada, como lo dijera el gran artífice de este archivo de ritualidad agrícola, Bronislaw Malinowski

Ningún ser humano, en ningún estudio cultural, separa completamente sus preocupaciones espirituales de sus inquietudes económicas. Tanto si oramos por el pan de cada día o por una lluvia propicia; o si los reyes divinos de África ejercen sus poderes para controlar la fertilidad y la humedad; o si los Trobriand u otros melanesios y polinesios recurren a la magia para tener éxito en la pesca, en el comercio o en la navegación, las relaciones entre los medios sobrenaturales de controlar el curso de los acontecimientos y la técnica racional constituye uno de los temas más importantes [...] (N)ningún aspecto de la vida tribal está controlado por la magia tan totalmente y de forma tan natural, como el cultivo de la tierra (Malinowski, 1977, p. 20).

La tortuga se consumió porque era el totem cuya divinidad se absorbía haciendo posible que los miembros del grupo adquirieran las características del totem. Se consumieron los huevos de ella y de la iguana porque era el acto ritual que representaba la reproducción que se introducía a nuestro cuerpos haciendo el acto reproductivo parte de nuestra corporeidad. El elemento mágico-simbólico desde el cual se establecía este proceso ritual era la idea que lo igual produce lo igual, creencia en la que los ejercicios totémicos incorporaron la máscara para recrear la divinidad y consumir las destrezas que se esperaban acompañara al grupo.

La incorporación en la Semana Santa del sacrificio de Jesús es para nuestro caso tardío y responde a que Jesús utilizó como entorno simbólico el tiempo de la Pascua para mostrarse fruto de una siembra que la primavera se encargaría de enriquecer. Hoy frugalidad y religiosidad se encuentran separadas y cada una se mueve por su propia cuenta. La sacralidad quedó reservada a la iglesia y la comida llenó las costumbres del campo, hoy asediada porque ha perdido sus sentidos iniciales o porque la pobreza de quien ofrenda vació los platos sin nada que poder

mostrar y sin que los dioses hubiesen cambiado las formas para volverse generosos.

### **Démonos la posibilidad de esta conclusión sagrada**

No sabemos si en este ejercicio de la *anfibiedad*, culturalmente perdimos la fuerza de nuestro universo simbólico, sobre todo si reconocemos que como historia de lo Caribe, la anfibiedad cubrió nuestros tiempos de resistencia para volvernos capacidad y posibilidad de sobrevivir en épocas de asedio como la colonia registró en el cuerpo de nuestras poblaciones aborígenes. Por lo menos, no hemos realizado el tributo histórico de unos sentidos que se reajustaron con la catolicidad, para lo otro, lo nuestro, convertirse y ser parte de un paganismo que nos separó de las racionalidades religiosas y políticas de la época y que en muchos casos hizo que nos viera el invasor como cuerpo sin alma que merecía todo tipo de agresión incluida la desaparición para inducir su salvación y su limpieza.

Mientras que el caos de la desmemoriación deja de hacer daño, como reserva cultural, se sigue reproduciendo la frugalidad de la primavera, aunque sea tan solo para que la espera de juicios culturales devuelvan nuestra patrimonialidad simbólica. De todas maneras el archivo espera de nuevas lecturas y su imaginario de resistencia estará allí mientras se tenga la disposición de mirar la cultura como acto humano vinculado directamente a su historia y a sus propósitos de sobrevivencia y transformación permanente. Mientras tanto se trata de reconstruir nuestras significaciones, de devolver los sentidos de lo que se nos ha escapado de la memoria.

Se trata que nuevamente lo crudo se deje invadir de la reproducción como acto primario, cuando se mantenga cocido en los platos de semana santa y se vuelvan unidad de imaginarios, "heterogeneidad multitemporal", donde la hicoatea siga aportando la cabeza y las patas, inteligencia y movimiento; el pescado la carne, para volverse masa muscular para definir los cuerpos, y la iguana la comida de su cola, imaginario de la fuerza de la retaguardia y deje de ser solo interpretación de las causas de nuestro atraso regional. O en palabras del maestro García Canclini de quien hemos tomado una gran parte de las ideas que hemos venido usando:

Ser culto, e incluso ser culto moderno, implica no tanto vincularse con un repertorio de objetos y mensajes exclusivamente modernos, sino saber incorpora el arte y la literatura de vanguardia, así como los avances tecnológicos, a matrices tradicionales de privilegio social y distinción simbólica (García Canclini, 1980, p. 71).

Los huevos en los tres Tótem de lo cocido, del plato que se ofrece con la primavera, reservará los sentidos de lo humano para desarrollar el poder como trama para encariñar a los dioses en el imaginario de la reproducción, que ingerida tiene la capacidad mágica de mantener la especie, de preservarla a partir de mantener y asegurar la vitalidad del grupo.

### **Referencias**

Canclini García, N. (1980). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

- Eliade, M. (2011). *El mito del eterno retorno: Arquetipos y repetición*. Alianza Editorial, S. A.
- Frazer, J. G. (2011/1890). *La rama dorada*. Fondo de Cultura Económica de España.
- La Biblia. Dios Habla Hoy. (2002). *Génesis 1:26*. Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá, Colombia.
- La Biblia. Dios Habla Hoy. (2002). *Números 28: 16- 25*. Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá, Colombia.
- La Biblia. Dios Habla Hoy. (2002). *Deuteronomio 16: 13- 17*. Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá, Colombia.
- Leach, E. (1977). Prólogo. En B. Malinowsky. *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobiand*. Labor Universitaria.

**Notas marginales**

1. Departamentos que forman parte del Caribe colombiano.
2. La expresión hace referencia al Domingo de Ramos; ceremonia de la tradición católica en la cual se conmemora la entrada de Jesús de Nazaret a Jerusalén, con ello se da inicio a la semana de su pasión muerte y posterior resurrección acorde a la enseñanza cristiana.
3. Variedad del grano conocido como frijol (*Phaseolus vulgaris*) la cual es empleada en la Costa Caribe colombiana para hacer arroz.
4. También conocido como Calandraca, es un dulce típico del Caribe colombiano que se prepara con plátano maduro, piña, mamey, batata, coco, panela, agua y mango. También se emplean condimentos como clavos, canela, anís y pimienta de olor.